

ban sangrando. Se formó el cuadro, dispararon mis compañeros, los mismos á quien yo había salvado la vida. Y caí redondo. No me tocó más que una bala, pero bastó aquélla, me dió en mitad de la frente. Me enterraron como un recluta rebelde, y resucité león de metal, para no volver más á la vida de la carne. Aquella bala me mató para siempre. Ya jamás dejaré esta figura de esfinge irritada, á quien el misterio del destino no da la calma, sino la cólera cristalizada en el silencio. Esta cicatriz tiene tanto de cicatriz como de idea fija.

Calló el león, y con desdén supremo, volvió un poco la cabeza para mirar á su compañero de más abajo, el león sin cicatriz, vulgarmente arrogante, insustancial, cómico, plebeyo.

«Yo,» concluyó Benavides, «soy el león de la guerra, el de la historia, el de la cicatriz. Soy noble... pero soy una fiera. Ese otro es el león... parlamentario; el de los simulacros.»

---

## EL QUIN

---

Lo siento por los que en materias de gusto no tienen más criterio que la moda, y no han de encontrar de su agrado esta verídica historia, porque en ella se trata de estudiar *el estado de alma* de un perro; y ya se sabe que el arte psicológico, que estuvo muy en boga hace muchos años, y volvió á estarlo hace unos diez, ahora les parece pueril, arbitrario y soso á los *modistos* de las letras parisienses, que son los tiranos de la *última novedad*.

Los griegos, los clásicos, no tenían palabra para el concepto que hoy expresamos con esta de la moda; allí la belleza, por lo visto, según Egger, no dependía de estos vaivenes del capricho y del tedio. ¡Ah! los griegos hubieran podido comprender á mi héroe, cuya historia viene al mundo un poco retrasada, cuando ya los muchachos de París y hasta los de Guatemala, que escriben revistas efímeras, se burlan de Stendhal y del mismísimo Paul Bourget.



De todas suertes, el *Quin* era un perro de lanas, blanco. El no sabía por qué le llamaban el *Quin*, pero estaba persuadido de que éste era su nombre y á él atendía, satisfecho con este conocimiento relativo, como lo están los filósofos positivistas con los suyos, que llama Clay conocimientos sin garantía, y que no alcanzan más firme asiento. Si hubiera sabido firmar, y poco le faltaba, porque perro más listo y hasta nervioso no lo ha habido, hubiera firmado así: El *Quin*; sin sospechar que firmaba, aunque con muy mala ortografía: *Yo el rey*. Sí, porque sin duda su verdadero nombre era *King*, rey; sólo que las personas de pocas letras con quien se trataba pronunciaban mal el vocablo inglés, y resultaba en español *Quin*, y así hay que escribirlo.

Mayor ironía, por antífrasis, no cabe; porque animal que menos *reinase* no lo ha habido en el mundo. Todos mandaban en él, perros y hombres, y hasta los gatos; porque le parecía una preocupación de raza, indigna de un pensador, dejarse llevar del instinto de antipatía inveterado que hace enemigos de gatos y perros sin motivo racional ninguno.

El *Quin* había nacido en muy buenos pañales; era hijo de una perrita de lanas muy fina, propiedad de una señorita muy sensible y muy rica, que se pasaba el día comiendo bombones y leyendo novelas inglesas de Braddon, Holifant y otras es-

eritoras británicas. Nació el *Quin*, con otros cuatro ó cinco hermanos, en una cesta muy mona, que bien puede llamarse dorada cuna; á los pocos días, la muerte, más ó menos violenta, de sus compañeros de cesta le dejó solo á sus anchas con su madre. La señorita de las novelas le cuidaba como á un príncipe heredero; pero según crecía el *Quin*, y crecía muy de prisa, iba marchitando las ilusiones de su ama, que había soñado tener en él un perrito enano, una miniatura de lana como seda. La lana empezó á ser menos fina que la de la madre, aunque muy blanca y rizosa; la piel era como raso, purísima, sonrosada..... pero el *Quin* ¡daba cada estirón! Un perito declaró á la señorita fantástica que se trataba de un bastardo; aquella perrita ¡preciso es confesarlo! había tenido algún desliz; había allí contubernio; por parte de padre el *Quin* era de sangre plebeya sin duda... De aquí se originó cierto despego de la sensible española-inglesa respecto del perro de sus ensueños; sin embargo, se le atendía, se le trataba como á un infante, si no ya como á príncipe heredero. Al principio, por miedo que lo arrojaran á la calle, á la vida de vagabundo, que le horrorizaba, porque es casi imposible para un perro, sin el pillaje y el escándalo; al principio, digo, el *Quin* procuró mantenerse en la gracia de su dueño haciendo olvidar el vicio grosero de su crecimiento aborrecido, á fuerza de ingenio..... y, valga la verdad, payasadas.



Un escritor muy joven y de mucho talento, Mr. Pujo, en un libro reciente hace una observación muy atinada, que no me coge de nuevas, respecto de lo mucho que se engañan las personas mayores, de *juicio*, respecto del alcance intelectual de los niños. El niño, en general, es mucho más precoz de lo que se piensa. Yo de mí sé decir que, cuando contaba muy pocos años, me reía á solas de los *señores* que me negaban un *buen sentido* y un *juicio* que yo poseía hacía mucho tiempo, para mis adentros. Pues esto que les suele pasar á los niños, le pasaba al *Quin*, que había llegado á entender perfectamente el lenguaje humano á su manera, aunque no distinguía las palabras de los gestos y actitudes porque en todo ello veía la expresión directa de ideas y sentimientos. El *Quin* no acababa de comprender por qué extrañaban los hombres que él fuera tan inteligente; y los encontraba ridículos cuando los veía tomar por habilidad suma el tenerse en dos pies, el cargar con un bastón al hombro, hacer el ejercicio, saltar por un aro, contar los años de las personas con la pata, etc., etc. Todas estas nimiedades que le conservaban en el favor relativo de su ama, le parecían á él indignas de sus altos pensamientos, cosa de comedia que le repugnaba. Si se le quería por payaso, no por haber nacido allí, en aquel palacio, poco agradecimiento debía á tal cariño. Además, delante de otros perros menos mimados, que no hacían títeres,

le daba vergüenza aquel modo de ganar la *vita bona*. El deseaba ser querido, halagado por el hombre, porque su naturaleza le pedía este cariño, esta alianza misteriosa, en que no median pactos explícitos, y en que, sin embargo, suele haber tanta fidelidad... á lo menos por parte del perro. «Quiero amo, decía, pero que me quiera por perro, no por prodigio. Que me deje crecer cuanto sea natural que crezca, y que no me enseñe como un portento, poniéndome en ridículo.»

Y huyó, no sin esfuerzo, del palacio en que había visto la luz primera.

\* \* \*

Pasaba junto á la puerta de un cuartel, y el soldado que estaba de centinela le llamó, le arrojó un poco de queso y el *Quin*, que no había comido hacía doce horas, porque todavía no sabía buscárselas, mordió el queso y atendió á las caricias del soldado. ¿Por qué ir más lejos? El, amo sí lo quería; la vida de *perdis* le horrorizaba: si le admitían, se quedaría allí. Y se quedó. Ocultó al regimiento, que á poco *prohijó* al animal, las habilidades que tenía; pero dejó ver su nobleza, su lealtad; y todo el cuartel estaba loco de contento con el *Quin*, cuyo nombre se supo porque lo llevaba grabado en el collar de cuero fino con que se había escapado.

Desde el coronel al último recluta, todos se juzgaban dueños y amigos *pro indiviso* del noble ani-



mal. El *Quin* ocultaba sus gracias, su gran ingenio, pero se esmeraba en las artes de la buena conducta, era leal, *discreto* en el trato, *varonil*, hasta donde puede serlo un perro; en su fidelidad al regimiento no había nada de amanerado, de comedia. Era el encanto y el orgullo del cuartel y á él no le iba mal del todo con aquella vida. Desde luego la prefería á la del palacio. A lo menos aquí no era un bufón, y podía crecer y engordar cuanto quisiera. Huía de que le cortaran la lana al ras del pellejo, porque no quería lucir la seda de color de rosa de su piel; no quería mostrar aquellas pruebas de su origen aristocrático. La lana larga le parecía mejor para su modestia, para su incógnito; la llevaba como una mujer honesta y hermosa lleva un hábito. Procuraba estar limpio, pero nada más.

Trabó algunas amistades por aquellos barrios y le presentaron sus compañeros en el oficio de azotacalles á una eminencia que llamaba muchísimo la atención en Madrid por aquella época. Le presentaron al *perro Paco*. El *Quin* le saludó con mucha frialdad. Le caló en seguida. Era un *poseur*, un cómico, un bufón público. En el fondo era una medianía; su talento, su instinto, que tanto admiraban los madrileños, eran vulgares; el *perro Paco* tenía la poca dignidad de hacer valer aquellas habilidades que otros canes ocultaban por pudor, por dignidad, por no merecer la aclamación humillan-

te de los hombres, que se asombraban de que un perro tuviera sentido común. Entre los perros, *Paco* llegó pronto á desacreditarse; los más grandes de su especie, ó lo que fuese, le despreciaban en medio de sus triunfos populares; prostituía el honor de la raza; todo su arte era una superchería; todo lo hacía por la *gloria*; llegó al histrionismo y al libertinaje asqueroso. Las vigilias de los colmados, sus hazañas de la plaza de toros las vituperaban los perros dignos, serios, valientes y las miraban como Agamemnon y Ajax, de Shakespeare, los chistes y agudezas satíricas de Tersites.

El *Quin* era de los que le desdeñaban más y mejor, sin decírselo. El *perro Paco* cada vez que le encontraba se *ponía colorado*, como se ponen colorados los perros negros, es decir, por los ojos, y en su presencia afectaba naturalidad y fingía estar cansado de aquella vida de *parada*, de exhibición y plataforma. Por no ver aquellas cosas, el *Quin* deseaba salir de la corte. «Perro chistoso, pensaba el *Quin*, recordando á Pascal, mal carácter.» Empezó, además, á encontrar poco digna de su pensamiento más hondo, la vida del cuartel. Algunos soldados eran groseros, abusaban de su docilidad... y aquella fama de perro leal que tenía y tanto había cundido, acabó por molestarle. Deseaba oscurecerse, irse á *provincias*; pero ¿con quién?

\*  
\*  
\*



Un comandante del regimiento que había declarado al *Quin*, si no *hijo, perro adoptivo*, tenía pendiente de resolución en las oficinas de Clases pasivas la jubilación de un pariente cercano, y con el tal comandante solía *nuestro héroe* entrar en aquellas oficinas; pero es claro que no pasaba de la portería, donde le toleraban; y allí esperaba a que saliera *su* comandante para irse de paseo con él. Pues en aquella portería, donde el *Quin* llevaba grandes plantones, encontró la persona con quien pudo realizar su gran deseo de marcharse á provincias.

Observaba el *Quin* que, después de mayor ó menor lucha con los porteros, todos los que pretendían entrar á vérselas con los empleados, lo conseguían. Notó el perro que los más audaces, los más groseros en sus modales eran los que entraban más fácilmente, aunque no fueran personajes. Los tímidos sudaban humillación y vergüenza antes de vencer la resistencia de los cancerberos con galones. Y un joven delgado, de barba rala, de color cetrino, de traje no muy lucido, de ojos azules claros muy melancólicos, á pesar de no faltar ni un día solo á la portería defendida como una fortaleza, nunca podía pasar adelante; y eso que, á juzgar por el gesto de ansiedad que ponía cada vez que le negaban el permiso de entrar donde tanto le importaba, aquella negativa debía de causarle angustias de muerte. El

*Quin*, tendido en un felpudo, con el hocico entre las patas, seguía con interés y simpatía la pantomima cotidiana del portero y el joven cobarde.

El cancerbero ministerial le leía en los ojos al mísero provinciano (que lo era, y harto se le conocía en el acento) que venía sin más recomendaciones y sin más ánimos que otras veces; y en él desahogaba toda su soberbia y todo su despotismo vengándose de los desprecios de otros más valientes. En el rostro del joven se pintaba la angustia, la desesperación; se leía un momento un relámpago de energía, que pasaba para dejar en tinieblas de debilidad y timidez aquella cara abandonada á la expresión de la tristeza abatida.

Llegó á conocer el *Quin* que el portero todavía tenía en menos al tal muchacho que á él mismo, con ser perro. Puede que primero le hubiera dejado pasar á él á preguntar por su expediente.

El de los pantalones de color de canela, como el *Quin* llamaba para sus adentros al provinciano de barba rala, se sentaba en un banco de felpa y allí se estaba las horas muertas, como podía estar un saco, para los efectos del caso que le hacían.

Por algunos pedazos de conversación que el *Quin* sorprendió, supo que aquel chico venía de una ciudad lejana á procurar poner en claro los servicios de su padre, difunto, á fin de obtener una corta pensión de viuda para su madre, pobre y enferma. No tenía padrinos, luego no tenía razón;



ni siquiera le permitían ponerse al habla con el *alto empleado* que se empeñaba en interpretar mal cierto decreto; equivocación, ó mala voluntad, de que nacían los apuros del pretendiente, llamémosle así. Pretendiente de justicia, el más desahuciado.

A fuerza de verse muchas veces solos en la portería el *Quin* y Sindulfo (el nombre del tímido mancebo), con el compañerismo de su humildad, de aquel *non plus ultra* que los detenía en el umbral de la gracia burocrática, llegaron á tratarse y estimarse. Los dos se tenían á sí propios, en muy poco; los dos sentían la sorda, constante tristeza de estar debajo, y sin hablarse, se comprendían. De modo que, con menos que pocas palabras sin más que algunas muestras de deferencia, tal como dejarle el *Quin* un sitio mejor que el suyo á Sindulfo, algunas caricias de una mano y otras de un hocico, se hicieron muy buenos amigos. Y cuando ya lo eran, y compartían en silencios eternos su común desgracia de ser insignificantes, una tarde entró un mozo de cordel con un telegrama para Sindulfo, que se puso pálido al ver el papelito azul. Apenas era nada. La muerte de su madre; todo lo que tenía en el mundo. Se desmayó; el portero se puso furioso; le dieron, al provinciano, de mala gana un poco de agua, y en cuanto pudo tenerse en pie casi le echaron de allí. Sindulfo no volvió á las oficinas de Clases pasivas. ¿Para qué? La viuda ya no necesitaba viudedad; se había

muerto antes de que le arreglaran el expediente. Nuestros covachuelistas jamás cuentan con eso, con que somos mortales.

Pero no perdió Sindulfo el amigo que había ganado en la portería. La tarde de su desgracia el *Quin* dejó, sin despedirse, al comandante, y siguió al huérfano hasta su posada humilde.

En la soledad del Madrid desconocido, el provinciano de los pantalones de color de canela no tuvo más paño de lágrimas, si quiso alguno, que las lanas de un perro.

\*  
\*  
\*

Y en un coche de tercera se fueron los dos á la ciudad triste y lejana de Sindulfo. El *Quin*, por no separarse de su amo, se agazapó bajo un banco, y así llegó á la provincia; lo que él quería; á la oscuridad, al silencio.

Aquel poco ruido y poco tránsito de las calles le encantaba al *Quin*. Le parecía que salía á la orilla después de haber estado zambullido entre las olas de un mar encrespado.

Se trataba con pocos perros. Prefería la vida doméstica. Su amo vivía en una casita humilde, pero bien acariciada por el sol, en las afueras. Vivía con una criada. Por la mañana iba á un almacén donde llevaba los libros de un tráfico que no había por la tarde. Y entonces volvía junto al *Quin*, y trabajaba silencioso, triste, en obras pri-



morosas de taracea, que eran su encanto, su orgullo, y una ayuda para vivir. El ruido rápido, nervioso, de la sierrecilla, algo molestaba al *Quin* al principio; pero se acostumbró á él, y llegó á dormir grandes siestas mecido por aquel ritmo del trabajo.

¡Ay, respiraba! Aquello era vivir.

Los primeros meses Sindulfo trabajaba en la marquetería callado, triste. A veces se le asomaban lágrimas á los ojos.

«Piensa en su madre,» se decía el *Quin*; y batía un poco la cola, y alargando el hocico se lo ponía al amo sobre las flacas rodillas, que cubría el paño de color de canela. Una tarde de Mayo el *Quin* vió con grata sorpresa que su dueño, después de terminar una torre gótica de tejo, sacaba de un estuche una flauta y se ponía á tocar muy dulcemente.

¡Qué encanto! Aquellas dancitas antiguas, aquellas melodías románticas, monótonas, pero de sencillez y naturalidad simpáticas, apacibles, entrañables, le sabían á gloria al perro.

El *Quin* nunca había amado. Las perras le dejaban frío. Aquella brutal poligamia de la raza le hacía repugnante el amor sexual. Además, ¡qué escándalos daban los suyos por las calles! ¡Y qué lamentables complicaciones fisiológicas las de la cópula canina! «Si algún día me enamoro, pensó, será en la aldea, en el campo.»

La flauta de su dueño le hacía pensar en el amor, no en los amores. Para temperamentos como el del *Quin*, la amistad puede ser un amor tibio; sublime en la solidez de su misteriosa tibieza.

Sus amores eran su dueño. Le leía en los ojos, y en el modo de trabajar en la taracea, y, sobre todo, en el de tañer la flauta, el fondo del alma. Era un fondo muy triste, no desesperado, pero sí desconsolado. Era Sindulfo hombre nacido para que le quisieran mucho, pero incapaz de procurar traer á casa el amor, en pasando de la personalidad ínfima de un perro. Había llevado al *Quin*; no se atrevería á llevar una compañera, mujer ó querida.

Pero Sindulfo, como el *Quin*, en la paz tenía un bálsamo. Si, se comprendían por señas, por aectos acordes. La vida sistemática, el silencio en el orden, la ausencia de peripecias en la vida, como una especie de castidad; la humildad como un ambiente. Esto querían.

El cariño del *Quin* era más fuerte, más firme que el de Sindulfo. El perro, como inferior, amaba más. No temía, sin embargo, una rival. «No, pensaba el perro; aquí no entrará una mujer á robarme este halago. Mi amo no me dejará nunca por una esposa ni por una querida. No se atreve con ellas.»

\* \* \*

—Nos vamos al campo, amigo, entró un día di-